

I. Funciones del trabajo

La principal función que cumple el trabajo (luego de la de subsistencia económica) es dar identidad. Ser madre ya no es una condición necesaria y suficiente del ser mujer. Parece decir: trabajo, luego existo. En la vieja problemática de esencias y existencias, en las tradicionales discusiones acerca de la identidad femenina, debemos incluir esta manera de definición: soy mujer trabajando. Las mujeres, en este caso, han tomado para sí la tarea de trascender, de enseñar quiénes son, de mostrar al mundo sus deseos y su mensaje inéditos y creativos a través del trabajo. Pero, si trabajar es hacerlo como lo hizo y lo hace el hombre, ¿qué características y condiciones inéditas en este trabajar lo relacionan con el ser mujer? Obviamente, será necesario un esfuerzo extra, una tarea "para—tarea " que lo diferencie y lo rescate del trabajo como actividad humana, categoría universal. Pero definirse por el trabajo tiene su precio: la anomia en el descanso. Si soy, existo mientras trabajo, si dejo de trabajar dejo de ser. Por lo tanto, el ocio o las horas libres también deberán estar regidas por ese trabajo— definición, que organiza y da sentido a la vida.

No trabajar es no pertenecer, no sentirse involucrada en una comunidad que integra y da referencias. El sufrimiento y las emociones violentas que puede sufrir una mujer sin trabajo, o con un fracaso profesional son comparables a los sentimientos que sufre esa misma mujer si no puede tener hijos, o si tiene un fracaso en su maternidad.

La segunda función significativa del trabajo es permitir la independencia económica, y a través de ella, la autonomía afectiva. En relación al mandato materno: trabajar para poder elegir al hombre, o hasta para poder no confundir el amor con necesidad económica, la mujer milita firmemente en la búsqueda de este objetivo. La vergüenza, la humillación, la angustia con que refieren al hecho de haber necesitado o de necesitar alguna vez ayuda económica del marido muestra lo fuertemente arraigada que está en ella la idea de la fuerza propia, el autoabastecimiento, la independencia como valores altamente necesarios para la propia autoestima.

La lucha por la independencia rasgo definido en nuestra cultura, que adquiere características particulares cuando está encarnado en la actividad que realiza la mujer por la conquista de su propia definición. Independencia económica está muy relacionada a autodeterminación, a la convicción que, de esa manera, nadie podrá imponer deseos ajenos, y que ningún hombre podrá reclamar el derecho

de propiedad sobre su vida o la de sus hijos. Hay una cierta fuerza-firmeza en la manera de defender su derecho al trabajo y a la independencia económica. Hay un declarado orgullo en saberse autoabastecida, pero también hay una confesada admiración-vidia de las mujeres que necesitan o se permiten depender del hombre para sus necesidades económicas.

Porque liberarse por el trabajo tiene su precio: esa independencia implica también soledad. Asumir totalmente la fuerza o la capacidad productiva económica puede implicar la provocación de la revancha masculina: si podés sola, no me necesitás; como no necesitás, no estoy. A veces, se teme perder la pareja y se prefiere (consciente o inconscientemente) detener el crecimiento profesional en una tentativa de retener al hombre por la carencia. Con resultados difíciles de evaluar, ya que en algunos casos se obtiene la lástima (no el amor) y en otros, se termina perdiendo el trabajo y el hombre.

Otra función que cumple el trabajo es la de brindar placer. En sí mismo, y por las otras actividades que permite realizar: sociales, económicas, geográficas. Pero este placer es iconoclasta. Siempre se supuso que el trabajo es un esfuerzo, sacrificado, por el cual el hombre merecía algunas compensaciones. Pero ahora, ¿si la mujer trabaja, también merecerá esas compensaciones? Y si además goza en el trabajo, tiene una vida independiente y propia, maneja su dinero, su tiempo y sus desplazamientos geográficos, ¿no está perturbando el pacto familiar, por el cual debiera recibir el placer dentro del matrimonio, tal como estaba establecido?

Por lo tanto, ese placer debe ser rápidamente combatido, prontamente reglamentado. Y trabajo femenino que comenzó siendo una elección, una artesanía que escapaba al sistema mecanizado-industrial, una "creación artística" (como dice Shulamit Firestone) deberá someterse prontamente a las exigencias. Entonces se aumenta el número de horas, se entra rápidamente en el sistema competitivo, se empieza a sufrir en el trabajo, comienza la exigencia del rendimiento.

El famoso mandato de nuestros padres (madre y padre): hay que trabajar para poder hacer lo que uno quiere, para hacerse dueño de su propio deseo, se transforma rápidamente en un hay que trabajar para rendir, para mostrar lo que se es capaz, para contribuir al fortalecimiento del sistema.

El trabajo es el medio por el cual la mujer busca su liberación, encuentra su identidad, se hace dueña de su deseo. Pero es el trabajo, por lo tanto, lo que deberá ser controlado socialmente. Y la identidad femenina comenzará a ser definida desde él, la mujer comienza a ser exigida a través de canales profesionales, que comenzarán a marcarle su estilo y sus motivaciones. El trabajo, buscado y querido como liberador, puede ser el instrumento básico de la alienación.

Los siguientes testimonios pertenecen a entrevistas realizadas a mujeres de entre 35 y 43 años con nivel universitario, con hijos, con vínculos actuales y/o pasados con pareja masculina, que trabajan actualmente.

"Ganarme la plata y sentir que la plata ganada esfuerzo es mía y de nadie más. Es un descubrimiento placentero. Realmente pedir guita me costaba horrores. Tenía una cuenta en mi banco a mi nombre y no la usaba. Al fin de cuentas, además de la actitud de mantenida tenía una actitud media estúpida de orgullo, de soberbia..."

"No sé muy bien cómo se hace para no laburar en esta vida. Trabajar es un objetivo, para mi es importantísimo, responde a mi formación y necesidades mías y de darte una identidad."

"Creo que las cosas tienen que ser manejadas con extrema inteligencia a todo nivel, porque se ve en parejas que están al mismo nivel de éxito económico e intelectual, y vos sentís que perdés la manija de tu casa, o que tu marido se siente desplazado... Hay que tener mucho cuidado, si querés mantener las dos cosas."

"Cuando comencé a trabajar fue como una cosa medio asexuada, casi impersonal. Yo sentía que para que los tipos me acepten en el trabajo, que para mí era importantísimo, tenía que no jugar a la seducción, porque si no perdía. Es decir, ganaba como mina, pero perdía como profesional."

"El miedo, el terror de poder autoabastecerme sola, porque empezás a depender. Tenés que pedir plata y perdés la libertad de movimientos."

"Tengo temor a endurecerme mucho, porque el hombre se endurece en ese medio, y se justifica, pero en la mujer la cara tensa, agobiada por las responsabilidades y las tensiones del trabajo, no queda bien. Una pierde lo femenino, la ternura. Mi marido me dice: estás loca, aflojá la mandíbula, estás tensa, no se te puede besar así... Tiene razón... Pero no quiero aflojar porque si no pierdo posiciones y cuando los chicos crezcan ya voy a ser vieja..."

"Yo creo que las mujeres que no trabajan son amorfas, dependientes, están frustradas. Todo el día detrás de los hombres y los hijos... Me agarra una tristeza de pensar eso... Pero también están más descansadas que nosotras y los tipos las cuidan más..."

II. Mandatos familiares

Aun cuando se trata de ciudad industrial, moderna y anónimamente anómica, por su grado de desarrollo, para los habitantes de Buenos Aires la familia es sumamente importante, y en consecuencia, el peso del mandato familiar adquiere una relevancia afectiva especial. La familia manda trabajar.

La mamma italiana, la madre española y la mame judía (rusa y centroeuropea) han juntado sus influencias, configurando un modelo central, definido y decisivo en la constitución de la estructura familiar argentina y sus consecuencias en la identidad de la mujer que tratamos de describir. (1)

(1) Se trata de una caracterización de la mujer de clase media, con estudios universitarios, con una edad promedio actual entre 35 y 45 años, que constituyó familia propia, y que está inserta en el mercado de trabajo.

Dicha mujer integra una familia nuclear y sufre la ruptura de su familia de origen. Cuando una mujer se casa, organiza su propia familia, "corta" el cordón umbilical, asume su propio tiempo histórico y se articula un escenario, donde pasado, presente y futuro están dramáticamente demarcados. La presencia de lo finito, lo irreparable, la muerte, lo que "no existe más", es vivido con una profunda tristeza, que determina un clima nostálgico y melancólico en la manera en que la mujer se refiere a su pasado, a sus orígenes.

Está expuesta al dolor de romper su pertenencia a una familia que fue patriarcal (grandes casonas, abuelos y abuelas legendarias, tíos y primos formando un clan de pertenencia), pero que le exige asumir y cumplir adecuadamente un destino individual, discriminado, solitario. El clan observa y juzga, existe como un sistema de comparación y exigencia, estimula y favorece, pero no se puede "descansar" en la familia. Aun en los casos de personas que han heredado grandes sumas de dinero, se espera aún una vida de mayor trabajo y esfuerzo para justificar esa herencia, para hacer honor a la familia. El pasado es valioso, exigente, severo juez.

La familia exige eficacia, productividad, rendimiento. El afecto está ligado a estos valores. Es obvio que uno será igualmente aceptado en la familia, a pesar del fracaso en el trabajo, o el poco éxito en la vida laboral (el éxito no está referido a valores económicos, sino a prestigio social, científico, humano), pero la humillación, la vergüenza por no haber podido satisfacer los mandatos emitidos tanto por el padre como por la madre funcionan como sanciones temidas.

Las patologías más frecuentes en las consultas psicológicas son las crisis melancólicas y sus derivados por no haber podido cumplir el mandato familiar, por no ser lo que uno debiera ser.

Recordemos el mandato aprendido en las escuelas: "Serás lo que debes ser o, si no, no serás nada". EL SANTO DE LA ESPADA, José de San Martín.

Este mandato, independientemente de las formas en que se presente, es HACER; se incentiva la actividad permanente, la lucha contra la pasividad, la inercia o sus derivados, el descanso, el placer. La identidad se define por la actividad, SER es igual a HACER. Es válido afirmar también que, si no se hace, no se es. No sabemos los orígenes de este mandato, pero pensamos que debe tratarse de una necesidad de acción de las colonias de inmigrantes, que podrían transformarse en propietarios, dueños de su propio destino, a través de la actividad y los frutos de la misma. Las fuertes corrientes de población fueron en sus comienzos mano de obra y, gracias a la eficacia productiva, dejaron de ser "gringos" y pasaron a ser primeras familias, origen de la sociedad industrial argentina.

El trabajo, la nobleza, el esfuerzo, el crecimiento a través del sufrimiento forman parte de los valores propios de las familias judío-cristianas, de origen italiano, español y centro-europeo. Estos valores eran pasados a la familia por las madres (las abuelas o bisabuelas de las mujeres descritas en este artículo), quienes se constituyeron en cabezas de familia.

"Sensacional, yo la imagen que tengo de pareja por ellos dos: sensacional. Poco antes que mi padre se enfermara, te digo, de ir a al cine con ellos y seguían tomados de la mano en el cine; cosa que yo no veo como común, por ahí lo veo en parejitas de viejitos que todo el mundo los mira y dice: 'qué lindo' Y mi madre se fue al bombo, cuando murió mi padre, es decir, no pudo salir, por hacerse."

"Mi padre trabajaba lejos, mi madre le iba a llevar todos los días la comida a la fábrica, y yo la acompañaba, un camino bastante largo, no había colectivo ni nada, unas cuevas, montañas... está cerca del río, donde trabajaba él ... bah, fue bastante sacrificado todo eso, pero digamos que estaba la parte de afecto y todo, lo recibía de mi madre, a mi padre no lo veía, pero... pero no salía... yo iba al cine con mi madre y con mi abuela, iba al parque con mi abuela no iba con mi padre, o sea que la cosa de compañía, de comprensión y de afecto era todo con mi madre."

"Pienso que la crisis de mi vieja fue producto de que recién acababa de estar viuda y demás, pero después me ayudó toda la vida; excepto de decir: 'Si viviéramos juntas', lo lógico, no? pienso que me pasaría igual, si tuviera una hija; después me ayudó, incluso me mantuvo."

Estas mujeres tenían objetivos claros: la continuación de la familia en tierra nueva y una vida exitosa para sus hijos, en un intento de reparar el fracaso europeo que habían elegido dejar en el pasado. Debían, por lo tanto, ser definidas, claras, fuertes, organizadoras del clan familiar. Pasaron un mensaje de familia unida, de vida dedicada al trabajo, respetuosa y orgullosa decencia. Se ubicaban detrás del padre, pero no se ocultaban, ni eran ocultadas por éstos, sino que la veneración y el cariño era abiertamente dedicado a ellas, así como el orgullo y el poder manifiesto era propiedad paterna.

Existe una diferencia entre la manera en que las madres italianas y las madres judías pasaban a sus hijos ese mensaje. La mamma es una figura imponente, que causa miedo, respeto, admiración. Temperamental, violenta en sus explosiones de amor y de agresión, permite la pelea y la alegría. Produce hijos e hijas fuertes, con riesgo de someterse a estas últimas por la dificultad de competir o superar la fuerza materna originaria.

El mensaje emitido era claro, de fuente directa, que no dudaba de sí misma ni se ocultaba. El emisor era claramente la mamma, y los receptores (exigentemente obedientes) eran los hijos.

La mame (o mejor aún, babe, ya que se trata de las abuelas o bisabuelas) emite un mensaje indirecto, no asumiéndose como la fuente emisora del mensaje, realizado generalmente en forma de pregunta. Los hijos, los otros, son más importantes que ella, y su figura causa culpa, pena, tristeza amor culpógeno, resentimiento. La agresión es reprimida y la alegría "socializada" o compartida. Puede producir hijos varones débiles o sometidos, e hijas mujeres fuertes e independientes, instrumentadas por la madre en una prematura y drástica contraidentificación con esta figura aparentemente débil, pero internamente fuerte y dominadora, en la lucha por el poder familiar contra el padre.

En cuanto a la abuela española, parece haber pasado a sus hijas un mensaje unívoco de trabajo y sacrificio, respeto a la familia y sometimiento al hombre. A pesar de su fuerza y de las historias

legendarias de heroísmo y orgullo, su figura aparece más encubierta por las imágenes masculinas, estructurándose una familia patriarcal claramente definida.

Hemos detectado varias estructuras formadoras de identidad, en las que describimos. Especificaremos tres de ellas, las más relevantes:

1. Estructura abuela —madre—sujeto
2. Estructura padre—madre—sujeto
3. Estructura madre/modelo-madre/mandato-sujeto

En los tres casos estamos hablando de la dinámica que se establece al conectarse con lo semejante y con lo diferente, al comparar, confundir, discriminar, ser como, identificarse con, rechazar a, etc., alternativas necesarias, pero no suficientes en la búsqueda creativa y descubridora de la propia identidad.

1. Estructura abuela-madre-sujeto

De hecho, al tener una hija mujer, sobre todo la primera hija mujer, revivimos el vínculo con nuestra propia madre. Ser madre de una hija mujer es preguntarnos sobre como fuimos hija de aquella otra mujer. Desde la elección del nombre (la abuela muerta, en las familias judías, la abuela viva, cuando la religión lo permite, o no poner el nombre de la abuela, por temor a ofender) hasta la mirada configurando imágenes, los recuerdos de amenazas —"cuando tengas una hija igual que vos, vas a ver cómo vas a sufrir" — o de desconfiables elogios — "es tan igualita a vos, casi pueden confundirse". Y efectivamente uno se confunde. Es alguien parecido a una, es la posibilidad de no estar tan sola. Al fin alguien que sepa de mis angustias, de mis deseos, de los secretos que no conseguí decir a mi madre. Con ella, sí, hablaré, compartiré, haré; qué alegría poder darle lo que mi madre me dio, haciéndome feliz. Qué alegría poder corregir los errores de mi madre conmigo, ahora que yo ya sé. Y así somos tres. Mi madre, mi hija y yo. O mejor, mi madre, mi abuela y yo. Producto de esa triangulación. Productora de otras. Impulsada por el deseo de mi madre de hacerme ser lo que ella no pudo para ofrecérselo a su propia madre. Exigida a no parecerme a mi abuela en las cosas por las que mi madre la odió. Estimulada a ser más y mejor que mi abuela para competir—compartir el amor que mi madre tuvo por ella. ¿Me mirará más a mí? ¿O seguirá siendo más importante, más fuerte, la mirada de ella, la extraña semejante?

Entonces, me miro en mi madre, que mira a su madre en mí. Que me divide en su mirada, ya que debo devolverle la madre que ella ama, la hija que ella fue, y defenderla, ayudarla contra la madre que ella odia, de la que no pudo cuidarse, de la hija que no fue.

Existen varios tipos de estructura triangular abuela—madre— sujeto, de acuerdo al vínculo estructurado. Hemos encontrado mujeres con una profunda admiración por la abuela, mujer fuerte, independiente, discriminada, y un marcado rechazo por la madre, figura opaca, dependiente, sometida. La situación dolorosa, en estos casos, es la culpa de la nieta—sujeto por parecerse (o querer semejar) a la abuela, abandonando y traicionando a la madre, que queda como figura denigrada y culpógena. En otros casos, existe una verdadera lucha reivindicatoria de la sujeto—nieta frente a la abuela para rescatar-defender la figura sumisa o explotada de la madre, que encubre una profunda desvaloración de esta última, incapaz de defenderse, y defender a su propia hija (la sujeto en cuestión).

La problemática central, en ambos casos, es la fuerza-maldad, identificada con la abuela, versus la debilidad-bondad ligada a la madre. Y el serio conflicto que implica elegir cualquiera de los términos de la ecuación, por los resultados nefastos que acarrear los mismos.

"Bueno, mi abuelo paterno era una figura, mi abuela materna también, eran dos figuras muy fuertes. Yo le tenía miedo a la madre de mi papá. Pero un poco era la historia de mami, que mami no la quería, entonces yo también no la quería. Mi abuela me obligaba a estudiar piano cuatro horas, cosas así. Y mi abuelo paterno era el responsable de que a mi hermana se la hubieran sacado a mi mamá. Es la cuarta, es la hija más bonita que tuvo mi mamá, el bebe más hermoso que ella había tenido, y, como mi mamá estaba esperando otro le quitaron uno. No sé, ya no lo concibo, yo pienso que si a mí me quieren quitar un chico no lo permito de ninguna manera. Yo no sé..."

"Mi abuela, si viviera, tendría casi 100 años, 95 años, o sea que era una cosa bastante peculiar. Tenía una cosa como... de mucha fuerza y de tener objetivos claros, y, al mismo tiempo, una cosa de mucha habilidad. Esa era la cosa que yo no la hubiera imitado. Era en el sentido de que, cuando convenía, ella se hacía la débil y me guiñaba a mí por lo bajo. Era totalmente teatralera y conseguía sus objetivos. Sus objetivos fueron tener a la familia unida, de cualquier

manera, pero alrededor de ella, y que los hijos más débiles fueran protegidos por sus hijos más fuertes entonces armó toda la estructura de relaciones, armó los negocios de mi viejo que tenía que cuidar al resto. Claro, en realidad, la abuela era una mezcla de hombre y mujer."

Lo semejante y lo diferente, lo homólogo y lo extraño adquieren matices éticos que complican el panorama en la búsqueda de la identidad perdida. Es obvio que ser mala como la abuela, o fuerte como la abuela, nos traerá el amor de nuestra madre, por parecernos a su propia madre, admirada, pero también su odio y resentimientos. Retorno inevitable de lo reprimido, le recordamos su tormento infantil, sin aliviarlo. Somos así hijas de nuestra abuela, asesinas de madres, al renegar de nuestra identificación con ellas. Pero también está allí nuestra tristeza por amar más a nuestra abuela cariñosa, suave, complaciente, y odiar a nuestra madre fuerte, severa, enérgica, distante (en otro juego de la misma estructura) La dicotomía respeto-ternura, la falsa elección entre amar y admirar, entre el cariño deseado (desvalorizada, posible) dado por una abuela y la digna elegancia (valorizada, inalcanzable) de una madre "insobornable" nos presentan alternativas dolorosas de identidades renunciadas.

En otra alternativa, cuando somos hijas de madres sin madre, esto es, cuando nuestras abuelas fueron débiles, indefinidas, inexistentes o prematuramente ausentes, cuando nuestras madres no recrean en nuestro nacimiento aquel regazo que las contuvo, nuestra historia también puede complicarse. Porque hay silencio en los recuerdos, porque no hay risas en eco con el pasado. La vida comienza en nosotras. Sin historia, sin legado, sin dote. Y podemos tener el mandato de cubrir esa ausencia, llenar ese vacío Ser la madre de nuestra madre. Darle nuestros ojos para que invente su mirada. Devolverle con nuestro calor esa profunda nostalgia que sabemos irrecuperable y que nos atrapa en una constante entrega condenada al fracaso, un permanente intento de ser, dando forma a lo inexistente.

Y esa sensación comienza a instalarse como fundante en nuestra identidad. Y parecemos huérfanas sin serlo, carentes sin motivos, inmigrantes a pesar de nativas. Nostálgicas por definición adquirida. O, en otro estilo, permanentes "partisanas". Combativas luchadoras por la vida, entusiastas del trabajo, la energía, el movimiento. Permanentemente "vivas" condenadamente monótonas en rituales vacíos. Solitarias, desconfiadas. Ajenas a la "raza femenina", ya que carecemos de esa complicidad primaria, pero exageradamente "mujeres" en un intento de recuperar lo añorado, la tradición de madre.

También existen alternativas en que la nieta consta de una madre y una abuela en armonía. Y ella a su vez cuida orgullosamente su identidad de matriarca. Y forma parte de grupos de mujeres.

"Y con mi madre, un encanto, pobre, muy buena conmigo, y especialmente yo, la relación de chica mía, era con mi abuela; yo estaba más tiempo con mi abuela, mi mamá trabajaba, y era muy sobreprotectora mi abuela, aparte se llevaba muy mal con mi padre, así que siempre me defendía de todas las posibles travesuras; estaba todo el tiempo conmigo, me hacía vestidos, me hacía hacer trenzas, moños, me acompañaba a la escuela... ocho años hace que se murió".

"Mi abuela es una persona de un carácter totalmente dominante que se casa con mi abuelo, una persona con mucho menos carácter que ella, pero mucho más inteligente; nuestra teoría es que comprende la situación y un poco entrega la casa y las hijas en manos de mi abuela. Nunca se pelean entre ellos, de manera que se quieren muchísimo y cada cual en su área, nunca hay interferencias. Entonces, mi abuela ahí empieza a educar cinco mujeres y un varón y era muy fuerte, a las hijas les decía más o menos 'los soldaditos'."

"Venía de una gran familia que tenía mucha plata y que después se funde. Y mi abuelo venía de una familia bohemia, hija de poetas sin un mango. Y, bueno, mi abuela comienza a dominar a las hijas y crea una casa que es un matriarcado, una casa de mujeres. Y eso se ve hasta en los nietos; tienen más fuerza las nietas mujeres. "

La estructura abuela-madre-hija estudia las relaciones de semejanza y diferencia entre mujeres. Siendo tres mujeres con muchos elementos en común, sumergidas en la tarea de discriminarse, de emerger diferentes del destino común, corren el permanente riesgo de la confusión o de la ruptura diacrónica, desgarrante. Los principales procesos afectivos que transitan en esta red vincular se refieren a las vicisitudes del autismo y la simbiosis, desde la confusión mimética y el cumplimiento ciego del mandato mítico, hasta el aislamiento solitario y la renuncia al contacto solidario femenino, en una feroz búsqueda de la discriminación. El contenido de la búsqueda puede sintetizarse en preguntas como: ¿Qué es ser mujer? ¿Si yo soy mujer, qué clase de mujer soy? ¿Quién, de las mujeres, es más mujer? ¿Qué debo renegar de lo mujer, si no quiero ser como 'esa' mujer?

La consecuencia de estos vínculos familiares es que las mujeres buscan mujeres, saben que las necesitan, se quejan si no las tienen, sufren cuando no consiguen un buen vínculo con ellas.

Obviamente, también las temen, las rechazan, las critican. No se trata de una revaloración reivindicatoria de la mujer, tipo "juntémonos o unámonos para ser fuertes", sino una búsqueda de juntarse con otras mujeres, porque son fuertes. La diferencia, sutil en apariencia, es fundamental.

"Las relaciones más con mujeres son lindísimas todas, tengo muy buena relación, tengo como una cosa a-priori de confianza en las mujeres. Entonces es eso lo primero que siento de una mujer, confianza en ese sentido, la gran posibilidad de entrega de lo que siento realmente. "

"Mira, en general me relaciono bien con las mujeres. Y tengo algunas mujeres que son muy importantes y cada vez más hay mujeres importantes en mi vida. Creo que mi madre, a pesar de la falta de relación que hubo durante mucho tiempo, sigue siendo importante; y tengo dos amigas que son muy importante y tengo una cuñada que está siendo cada vez más importante. Y con las dos amigas compartimos las mismas cosas, las mismas dudas, estamos en la misma edad y nuestras conversaciones son siempre lo que estamos hablando ahora, lo que más nos preocupa es la mujer."

"Las relaciones entre mujeres tienen una cosa siempre como de más caseras o menos pudorosas. La relación con los hombres se da siempre manteniendo ciertos pudores, respeto por las intimidades. En cambio, en una relación entre dos mujeres es muy difícil que eso exista; en general se derrumba enseguida; con ellas hay un diálogo mucho más íntimo y menos pudoroso. Para mí eso es muy positivo, sí."

"Por ahí, pienso que las mujeres son menos inteligentes, entonces puedo ahí competir, prejuicio total. Y al mismo tiempo, eso sí, revaloricé a las minas, no? Las minas somos una cosa medio especial y las relaciones profundas que podés tener con una mina y superficiales con la misma mina, son impensables con un hombre.

En cambio, como que con un hombre podés tener el vuelo erótico y vital y, al mismo tiempo, vuelo de sentirte creadora. Y en la práctica más bien que es mentira, porque nunca me sentí creadora al lado de un hombre, no?

La relación ambivalente que las mujeres hemos tenido con las madres y las abuelas, fomentan juicios de valor ambivalentes sobre nuestras propias conductas. Se puede observar en la vida cotidiana el funcionamiento de dos estereotipos marcados: se puede ser buena pero dependiente y abnegada o mala, pero autosuficiente e independiente.

La mujer dependiente

Configura una imagen querida por su bondad, por la ausencia de agresión, salvo cuando se trata de defender a los suyos, por la generosidad, por la abnegación, por el bienestar de los demás, por el abandono de sus propios intereses en beneficio de su familia. Se trata de una imagen también rechazada por su abandono, por su dependencia pasiva, por su sumisión algo indiferente, por su resignación frente al fracaso propio, por la falta de impulso. La misma característica de amplitud o apertura, que es atrayente y deseada como una característica digna de orgullo, porque atraería el amor de otras personas (básicamente del hombre), se torna peligrosa cuando se transforma en un rasgo de ambigüedad y la una mujer se torna un ser amorfo, deforme, oscuramente triste y, finalmente, solitario, por el rechazo que puede producir.

"... En casa se transmitió un poco de desprecio por el anonimato. Mi tía no servía, una tipa con seis chicos, luchadora, la mejor tipa, pero ella era el anonimato, no servía Yo frente a todo ese esquema me sentía un cero bastante borrado. "

"Esa imagen de hacendosa que yo empecé a llenar... Cada día era más hacendosa, porque era lo único que llamaba la atención y lo único que empezó a ser conquistado; una cosa que me persigue hasta hoy, era la manera de sobresalir. Porque yo era muy buena, pero nadie me veía. Salvo cuando me necesitaban."

Curiosamente, el sentimiento que despierta este modelo es de gratitud culpógena, creando un vínculo ambivalente de amor y odio, de atracción y rechazo. Las mujeres parecen querer ser queridas y necesitadas como ese modelo, que goza de seguridad por la dependencia que crea en los otros, pero temen el rechazo y el encierro que crea un modelo tan inerte.

La mujer independiente

Delinea un modelo atractivo por su libertad, su independencia, su fuerza, su autosuficiencia. Se la admira por su energía, su activa creatividad, por su eficacia productiva, por su lucidez y su

arrogancia. También por esos motivos es temida y criticada. La arrogancia puede pasar a ser prepotencia, la autosuficiencia puede ser sinónimo de soledad, la lucidez generalmente es asociada a frialdad o falta de sentimientos, la energía y fortaleza pueden transformarse en agresión.

"Trato de vivir con la menor cantidad de ataduras. Porque eso me da una posibilidad de evolución, de crecer en lo mío y sentirme fuerte. Pero tengo que luchar mucho con mi culpa cuando decido hacer lo que yo quiero, y pienso que en mi familia me miran con mala cara."

"Yo tengo la libertad de hacer realmente lo que se me da la gana. Le tengo lástima al hombre, que tiene más ataduras. Si yo fuera hombre sabría que me estoy jubilando. Nosotras tenemos todo para crear, para inventar. El único momento en que estamos en inferioridad es en la maternidad y la lactancia. Esto te da atadura."

Cuando esta contradicción de imágenes no puede resolverse en la elección de uno de los polos del conflicto, la solución es tratar de satisfacer ambos modelos estereotípicos, en un intento de asumir y rechazar simultáneamente las dos exigencias. Esto condiciona un constante "correr" tanto en sentido figurado como en la acepción literal de la palabra, entre un modelo y otro, dando vida a un personaje permanentemente exigido, autocrítico, ansioso, finalmente agotado y agobiado.

"Yo creo que realmente nadie sabe de mis cosas. Yo tampoco, Mis cosas son como mundos totalmente distintos y eso es fuente de conflictos en los dos lugares. Mi vida es muy compartimentalizada, las amistades del trabajo, las amistades del fin de semana y con mucha dificultad para integrar todo eso. Con dificultad y además, sin planteártelo, la vida es cosa de parcelitas separadas."

"Me invitan a comer y tengo que salir corriendo a comprarme cualquier cosa, y luego corriendo a casa para darle el baño a los chicos. Y después salgo corriendo porque me olvidé de algo en el trabajo. Una corre y corre... Las exigencias son muchas, de todos lados, te da como un profundo cansancio, unas ganas de borrararte de vez en cuando..."

Ambos estereotipos se ven reflejados en la relación que la mujer tiene con el trabajo y su autoimagen. Puede sentirse valorizada en su trabajo y "usada" en el ámbito familiar, o muy orgullosa por la familia que logró construir, pero insatisfecha en sus "proyectos personales".

En cualquier caso, se siente siempre deudora: de algún aspecto de sí misma, de algún mandato familiar, de algún aspecto del modelo a alcanzar.

2. Estructura padre-madre-sujeto

Trátase de la típica, obvia y más difundida situación triangular edipiana.

La situación familiar de las mujeres que describimos es complicada. No provienen de hogares con una clara y fuerte referencia al padre, familia patriarcal típica, privilegio de los hombres sobre las mujeres, culto a lo 'masculino' en detrimento de la mujer, etc. Pero tampoco se trata de una situación, en la que reina obviamente la mujer, centro y dueña del hogar, de los hijos, de las decisiones familiares. Tratemos de entender la escena. Sabemos que tenemos una madre fuerte. Esa fuerza básicamente era usada para 'aguantar' situaciones difíciles. Se trata de la victoria por la inmovilidad, la resistencia pasiva, lo que no se destruye a pesar de todo. Es quien suministra alimentos para el crecimiento de los otros, la que calma el dolor, la que estimula, la que consuela, la que evalúa y otorga o quita amor, de acuerdo a los resultados conseguidos en la vida (cumplimiento o no del mandato familiar). Pero quien 'pone la firma' es el padre. Todo ello se hace 'en nombre del padre', para su orgullo y/o responsabilidad...

Somos hijas de madre, pero con nombre de padre. No nos estamos refiriendo solamente al hecho concreto de usar el apellido paterno, o adoptar el nombre del marido en lugar del propio, sino a hacer pasar toda la dote, la herencia, la riqueza y el misterio de la constitución de una trama familiar, de una identidad individual, por el padre. Veamos cómo se gesta esta estructura.

Tomando una expresión de Le Guen (que habla de una madre-de-día y una madre-de-noche), diremos que existen una pareja de padres-de-dentro y una pareja de padres-de-fuera.

"Yo tenía contacto con mi padre, que también era bastante atípico, era un intelectual de vanguardia y estaba muy de acuerdo con que yo trabajara. Mi padre era el que más se divertía conmigo, quizás el quien más me malcriaba, pero era una figura que yo temía mucho por las peleas con mi madre, ya por cuestiones familiares muy particulares... cosas... como el gusto por lo estético o la sensibilidad artística, que serían los aspectos positivos, era el sometimiento, y de los aspectos de mi padre sería mi espíritu de lucha y mi lucha por la libertad.

Con mi madre, bueno, yo lo sentía muy dual, porque mi madre había sido una gran artista, una gran pianista, dicho esto por Rubinstein, y entonces yo tenía una gran admiración por ella y, al mismo tiempo, intuía que lo había sacrificado todo, incluyendo eso. "

"Mi padre era un tipo muy violento, muy, muy violento, responsable de la casa, pero muy poco apegado a la casa. Yo te diría que no recuerdo haber tenido una relación afectiva con mi padre, me acuerdo de que tenía 10 O 11 años, cuando nos sacamos una foto en la azotea de mi casa, y él nos tomó a mí y a mi hermano, yo me acuerdo de que a mí me encantó que mi padre me pasara la mano por arriba del hombro, pero como algo muy especial, que nunca había sentido; bueno, me dieron ganas de llorar. Mi madre muy infantil, muy alegre, muy cariñosa conmigo, pero no afectivamente de tocar; yo sabía que ella me quería muchísimo, pero nunca tuve la afectividad esa, el cariño de tocar que lo noté mucho en el hombre, en el primer hombre que tuve y en el hijo menor fundamentalmente. Mi madre era una mujer muy débil frente a mi padre, por eso que te digo, y cambiaba mucho, cuando mi padre no estaba. Mi padre le amargó la vida con su mal carácter y muy poco vinculado; yo no me acuerdo de que mi padre conversara conmigo."

"Yo tenía una imagen de mamá como una mujer muy buena, pero le tenía pánico. Y ahora creo que es porque mamá... ella nunca grita, nunca pega, ni tampoco tenía mal humor, era como que mamá retirara todo lo afectivo, quedara como sola, y tiene que ser una cosa muy fuerte, porque ahora mismo los seis seguimos sintiendo la misma cosa que yo me acuerdo, cuando tenía 18 años, llegando la noche sacándome los zapatos para que mamá no sintiera. Era una sensación tremenda, era como que ella penetraba con la mirada y se daba cuenta de qué había hecho o una cosa así. Le tenemos todos miedo. "

"Mi papá era genial, yo tengo la impresión de que era genial. Lo único que tenía más o menos de desagradable que papá tomaba el último tiempo muchísimo alcohol por la noche, se emborrachaba por la noche. Una borrachera triste, solo en casa, se iba a dormir dos horas o tres después de haber tomado mucho whisky. Lo que pasa que yo pienso que en papá se dio todo, la prueba que se murió a los 48 años y de una manera horrenda, se fue paralizando, a lo último no podía tragar. Y el día que murió se le comenzó a paralizar el sistema respiratorio. La vida de papá fue muy sufrida. Un tipo que, cuando adolescente, tenía todo, medalla de oro en la Facultad, no tenía problemas económicos. Ja, hubiera valido más que se quedara soltero.

Fundió todo, no tenía la menor idea de cómo manejar la plata, una vez le robaron, le negociaron... "

"Papá tenía sentido del humor era lo que me gustaba: un tipo que se divertía, un tipo optimista, muy buen humor, muy gracioso, y un tipo serio en el estudio. Papá es un tipo que estudiaba mucho, de noche por ejemplo, cuando nosotros nos dormíamos, se instalaba en la biblioteca y agarraba libros. Un tipo muy claro, que sabía muchísimo. Yo me acuerdo de que cualquier duda de historia o cualquier otra cosa papá las aclaraba. Yo me acuerdo de unir períodos de la historia que uno siempre veía separados, desconectados, él siempre lograba establecer una línea recta, sabía, dominaba."

La pareja de padres-de-afuera- está formada por un padre recto, digno, prestigiado, trabajador, " hombre de bien". Mirado con admiración por la madre, que lo pone como ejemplo para sus hijos, y defiende su imagen (en el exterior) más que la suya propia. Ella, en cambio, se presenta como la figura opaca, tímida, sin iniciativa propia, orgullosa de haber sido elegida por ese hombre y, por tanto, a su servicio. La hija se encuentra en esta situación frente a ese padre bien amado (por la madre y por los de afuera) y quiere parecerse a éste, pero atraviesa el primer 'obstáculo epistemológico': no es hombre. La situación se complica aún más, cuando tiene un hermano hombre, que, sí tiene derecho (y deber) de homologar esa figura admirada. ¿Tendrá que competir —usurpar el papel del 'hijo elegido'? ¿O deberá renunciar a los elementos que forman parte de su "ser mujer" las semejanzas a su madre? Pero, por más que logre parecerse mucho a ese hombre, no es hombre, y, en última instancia, será perdedora.

Perdedora de sí misma, porque debió dejar de ser lo que es (mujer) para ser-como-esa persona-que-es-amada (padre hombre). Perdedora de su madre, de la que se avergüenza, a la que odia por su fragilidad, por su pasividad, por ' su falta de dignidad'. Y de la que no puede recibir cariño, o ayuda, porque se siente culpable de traición, crimen duro en una cultura que enaltece y venera la lealtad como máxima virtud. Y finalmente perdedora de su padre, que tiene frente a ella una situación ambivalente: la admira por su inteligencia, por las cosas en que se parece a él, por sentirse exitoso en su necesidad de trascender, pero no le perdona ser mujer, y, por tanto, no continuadora de la raza-nombre (los nietos llevarán el nombre de otro hombre).

Veamos qué sucede con la pareja-de-adentro. Trátase de las mismas personas, sólo varía la estructura afectiva. Esa misma madre surge con una fuerza inusitada, organizando la casa, dictando

leyes, distribuyendo el capital afecto-reconocimiento de acuerdo a sus propios criterios. Soportando crisis, dramas, cambios, con estoicismo y seguridad, dando continuidad y solidez a la familia. Siendo el soporte emocional del padre, que dentro, muestra sus debilidades, sus miedos e incertidumbres. Aparecen las contradicciones entre los valores explícitos, las órdenes morales y las conductas cotidianas, lo posible. El padre deja de ser palabra para ser cuerpo, la madre deja de ser mirada para ser tacto. Lo que se toca difiere de lo que se habla. Lo que se hace no necesariamente es lo que debiera hacerse.

Muchas veces ese padre idealizado de afuera es denigrado, cuando se lo observa en su escenario de adentro. Esa madre débil adquiere rasgos de poder en su dominio doméstico.

"Mi vieja decía que era un error no trabajar. Y ese era el punto de discordia entre mi vieja y mi viejo durante toda la vida hasta que se casaron las dos hijas y ella volvió a trabajar.

Yo tenía que estudiar y tenía que trabajar y la presión de mi vieja es que las mujeres tienen que trabajar, eso es una cosa de mi vieja. En cambio, para mi viejo, las mujeres no deben trabajar de ninguna manera y tampoco estudiar; para qué estudiar."

"Mi padre es un hombre de mucho menos luces que mi madre, entonces desgraciadamente siempre hubo cosas en las cuales chocamos, y no pudimos entendernos. No manejábamos el mismo lenguaje. Eso no implica que no nos querramos mucho, y " tengamos una buena relación afectiva..."

La noble abnegación, la cariñosa renuncia de la madre-de-afuera pueden aparecer como rabia, frustraciones, quejas en la madre-de-adentro. El orgullo, la dignidad, la línea de conducta, la fuerza de carácter del padre de afuera pueden desaparecer en el padre de adentro para dar lugar a la confusión, al miedo, a la dependencia, a las omisiones agresivas o a los silencios abandonantes. Las cualidades positivas de la madre, su constancia, fuerza, riqueza de afectos y eje central de la identidad familiar adquieren un relieve particular frente a un padre inestable, generalmente ausente "en el afuera", gestador de emociones de inseguridad. ¿Qué le pasa a la niña frente a esta escena?

Es mujer, por tanto, tan abandonada como la madre, tan ofendida en su necesidad de cuidado o en su orgullo cuanto ella. Es mujer como la madre. Por tanto, tan fuerte cuanto ello, tan estructurada y segura de la importancia de su papel en la organización familiar cuanto ella. Tan firme

en sus convicciones de afectivas (amores u odios) como dependiente en la forma acceder a sus 'derechos'.

Esquemáticamente:

Padre de afuera: admirado — respetado — ajeno. .

Padre de adentro: rechazado— 'querido en su debilidad'.

Madre de afuera: despreciada — provoca vergüenza y culpa.

Madre de adentro: necesitada — temida — propia querida en su fuerza'.

"Mirá, yo creo que por parte de lo que mi padre me dio hay mucho que les voy a seguir transmitiendo, como aprender desde chico el valor de las cosas; él me decía (y con respecto a mis chicos también): 'que aprendan a ver como se mueren si uno no las cuida', trasladando esto al ser humano. Y bueno, yo creo que ese tipo de enseñanzas que él me dio a mí, las voy a trasladar también y creo que lo estoy haciendo, y, si puedo, esta visión del tiempo también."

"Muy contenta, chocha, feliz de la vida de ser una mujer; además una muy linda relación con mi padre, entonces pienso que más contenta de ser mujer, porque sabía que eso era favorable para una buena relación con mi padre. En cambio, la exigencia venía por el lado de mi madre, entonces con mi madre muchas peleas, mucha violencia, pero siempre sintiendo, y actualmente también, que ella es la que marcó... ella es la que me hizo exigirme a mí misma; o sea, mi madre me formó y mi padre me dio afecto. Yo muy feliz de ser mujer."

"Yo creo que (al menos mi madre me lo dice), el secreto está en aceptarse a uno mismo y hacerse respetar. Mi madre siempre me dice, cuando me ve mal, me dice: 'Respetate más a vos misma, y yo creo que es ese el camino; lo que pasa es que ella tiene la tranquilidad que le da la etapa en la cual ella está viviendo; entonces yo siempre le contesto lo mismo: "Vos porque vos tenés veinte años más (o no sé cuántos), veinticinco años más Y eso te da mucha tranquilidad, vos no tenés que rendirte ya casi cuentas a vos misma, porque vos vivís la vida como mejor te parece y hacés lo que te da gana"; ahora que mi madre se separó de mi padre, convirtió su casa en dos piezas, en un gran taller: en una hace dibujo, en la otra hace pintura: dio vuelta la casa, es un despelote total, pero hace lo que se le da la gana, porque está en otra etapa. Yo todavía siento que me estoy formando y que quiero hacer muchas cosas todavía con

respecto a mi formación, entonces me exijo. Yo también estoy haciendo exactamente lo que se me da la gana, pero, tengo, no sé por qué, me siento obligada a justificarme.”

"La relación con mi madre es muy buena, más madura que con mi viejo. Con él creo que aún sigo siendo la nena chiquita. Pero con mi vieja era una relación más madura, Era ella mi confidente y vivió conmigo las salidas con los chicos, el primer cigarrillo, muy lindo. Con la que me llevé pésimo fue con mi abuela materna, que era la mamá de mi mamá, que era muy loca y que vivía en la misma casa. Era una vieja terrible, malísima y encima esclerótica, totalmente loca, que le había hecho la vida totalmente imposible a mi madre y a mí.”

“Con mi viejo es una relación distinta, ideal, más fantasiosa, nos manejábamos mucho con cuentos, con historias, con galerías de arte, salíamos a pintar juntos. Era como si mi vieja fuera la raíz, la tierra, y mi viejo los pajaritos de colores, muy lindo, en eso tengo unas imágenes con mi viejo hermosas.”

"Ella era maestra, pero no trabajaba y me ponía límites que mi viejo no me ponía, un poco castradora en muchas cosas... por ejemplo, yo trabajaba y a veces ella desconfiaba si las cosas que hacía yo las hacía yo sola, si mi viejo no me ayudaba, cuando era chica, pero una imagen que me quedó es que era una mujer que le gustaba estar en su casa, cocinar... le gustaba tener cosas lindas en la casa.”

La niña ama a la madre por la seguridad que le ofrece, por ser el continente cotidiano y la fuente de recursos inmediata y posible. La teme, también, porque depende de ella y por fuerza agresiva, resentida, que muestra contra el padre frustrador y lejano (o que puede dirigirse contra ella, cuando fracase). La niña, identificada con éste en sus deseos de salir al fascinante exterior, a la libertad añorada, tiene una extraña mezcla de rabia y desprecio por ser mujer de adentro, solitaria y abandonada y pena y/o culpa amorosa por ser cómplice en la agresión a un aspecto deseado por ella: el cierto erotismo secreto y atrayente. Ama al padre por lo que éste parece ofrecerle, lo rechaza por las frustraciones, abandonos e imposibilidades de acceder al universo ofrecido, y por solidaridad con los sufrimientos que la madre padece por su causa.

La situación se complica aún más cuando aparece el recuerdo de un padre cariñoso, amable, comprensivo (seductor, a veces), y de una madre severa, exigente, "demasiado" firme en sus cuidados. Pero este padre cariñoso, más ligado a la alegría, aparece también como débil, ausente incierto en su

presencia cotidiana. Poseedor de un mundo secreto, placentero, intuitivo, compartido por momentos, pero reservado a los hombres, según el código familiar. En cambio, la madre que organiza el mundo del deber, ligada a un clima de sacrificio (a veces, sufrimiento) garantiza la seguridad, el afecto indiscutible, el mundo posible.

"Con mi padre tuve una relación mejor a pesar de que yo en una época le tenía odio, porque no me dejaba ir a fiestas y esas cosas. Realmente le tenía odio, pero... mi papá es muy cariñoso."
"

"Y lo mal de mi madre es que le gusta de vez en cuando venir y abrazarse un poco. Viene un rato, vos le hacés cariños, y después ella se va y sigue viviendo. Viene como para saber que estás. O sea, que allá sería una cosa nada buena. Mi hermana sigue el mismo tren que mami... Los chicos de ella no se abrazan, no se besan los besos les hacen mal a los chicos... Mi otra hermana tampoco le da mucha bola a la nenita."

"Yo a mi mamá la siento agresiva. Mirá, sobre todo desde la época que yo empecé a estudiar, en esa época se dieron hechos como, por ejemplo, cuando me quebró todos los discos. Ella, por ejemplo, quería que yo hoy hiciera tal cosa, mami era tipo militar, hoy tenés que hacer esto, hoy tenés que hacer aquello, había horas para el cine, horas para todo...yo trabajaba, estudiaba en la facultad, como estudiaba la otra carrera, no llegaba en el horario previsto, llegaba siempre después. Un día que yo llego tarde me encuentro que ella me había abierto el armario, me había roto los libros y me había tirado todo el material de trabajo que tenía escondido. "

Volvamos a nuestra pareja de padres históricos. Ambos, padre y madre, coinciden unívocamente en afirmar que HACER—TRABAJAR es condición necesaria y suficiente para justificar la inclusión válida en la familia de cualquiera de sus miembros, en el caso que nos ocupa, de la hija mujer.

"Mamá es una mujer muy personal. O sea, yo sentía que mamá estaba sola, para cosas que eran bastante importantes, como eran mantener una casa..."

"Y... a la vez, tratar de hacer una punta de cosas que le interesaban. Mamá egresada del Profesorado de Matemáticas, y después es egresada de Filosofía y Letra... o sea, que ha estudiado y ha trabajado, en fin... Yo sabía que mamá salía de noche, estaba con sus amigos,

tenía dónde ir, salían a navegar, etc., pero lo que yo veía en casa todos los días, estaba sola... Pero hacía de todo.”

“Mi papá se enojaba conmigo porque decía que es una profesión no sirve para nada. El sueño de él sé que hubiera sido abogada, pero yo que siempre hacía lo que mi papá decía, cuando me dieron esos libros de derecho, yo dije no, eso no, no puedo, a pesar de que él es abogado. Mi madre también se oponía, posiblemente porque para ella la profesión tiene que ser para ganar plata y que con eso yo no iba a ganar plata. Mirá, yo nunca he recibido de ella una palabra de aliento, de decirme qué bonito qué lindo grabado. La única vez que le regalé un grabado, que era una pieza muy querida, una pieza única, me encontré que mi mamá me puso una cara así, aplastada. Me sentí como si me hubiera ella dado una patada en el alma. Entonces, ahí entendí que no había caso, que la comunicación no iba a funcionar realmente. Ellos piensan que lo que yo hago no es trabajo, es diversión.”

“El nunca fue mi ejemplo. Como padre, figura paterna... con quiebras grandes. Porque nunca fue, ni el marido perfecto, ni el padre perfecto, ni mucho menos. Y me dolió mucho, pero, ya está aceptado. Pero de chica, él era como una figura muy autoritaria. Por ejemplo, yo tenía que aprender inglés, alemán, guitarra... es decir, toda una serie de cosas, porque tenía que ser la hija perfecta, no. Pero, por otro lado, él no me daba buenos ejemplos, como él, como persona y como hombre. Claro, la que en cierta medida llevaba los pantalones era mi madre.”

La actividad, el estar atareada, la tarea productiva, la manera pre—ocupada de ocupar el tiempo, la planificación de la vida en términos de movimiento, inclusive los momentos placenteros, forman parte de los valores fomentados explícita e implícitamente por la pareja de padres de adentro y de afuera. Llegamos así a entender el SER como una modalidad del HACER. La identidad se delinea en el trabajo, la vida se justifica en la tarea, la existencia encuentra su objetivo en la agitación cotidiana, si productiva, mejor.

Sin embargo, este HACER difiere en cuanto a los beneficios que reporta, según sea realizado por un hombre o por una mujer, en directa relación a la autoestima, temática recién mencionada. Veremos cómo se estructura esta situación en el tercer par formador de identidad.

3. Estructura madre/modelo-madre/mandato-sujeto

En el análisis de nuestro material nos hemos encontrado con una curiosa situación triangular, que puede ser entendido como una estructura formada por polos en conflicto de un proceso dialéctico, constituida por la mujer y dos madres; la que se ve, la que ES; y la que se proyecta en el futuro en forma de mandato, la que ordena como se DEBIERA SER. Podríamos también decir que se trata de una contradicción entre el mensaje transmitido a través de la conducta, el quehacer de la madre, y el mensaje transmitido oralmente, el discurso materno. En todo caso estas dos modalidades constituyen imágenes fuertemente estructuradas de modelos de mujer, y las alternativas posibles parecieran ser dos: parecerse a la madre existente, la presencia cotidiana, o parecerse a lo que la madre desearía haber sido y presenta como aspiración de deseos para su hija (ideal del yo).

"La relación con mi madre cambió fundamental a partir de mi maternidad, que es el momento en que ella pudo darme mucho más cosas que en toda mi infancia y... era capaz... es la cosa más valorada por ella y por el medio de ella, en cuanto a su saber cuidar hijos... sobre todo chicos chiquititos; ella realmente me ayudó mucho en eso, o sea, me inició en la maternidad con mucho cariño. "

"Yo creo que mi educación no fue ni demasiado femenina, ni demasiado masculina tampoco, o sea, como media asexual en ese sentido; sin definirse demasiado bien qué era ser mujer, qué era ser hombre. Por otro lado, había una clara diferenciación en mi casa de roles, en cuanto a que la imagen de mujer era la de ama de casa, que era la de mi mamá, una mujer muy sometida... Y mi padre un hombre muy fuerte, muy poco presente en la casa, muy temido de chica, creo que incluso actualmente todavía me quedan algunos resabios..."

"Creo que en nuestra familia cada uno se sintió en distintos momentos diferente... creo que a mí se me hacía notar de que yo era diferente, de que era distinta, que era mujer, pero no se me decía claramente qué es ser mujer. Yo incluso mostraba mis diferencias en cuanto a que no me gustaban o no me interesaban los mismos programas que le interesaban a mis hermanos: como ir al puerto, jugar al fútbol; pero no se me daban cosas específicas para mí como mujer. Incluso creo que para mí fue uno de los capítulos más importantes de mi vida, que era descubrir qué es ser mujer, y creo que hasta el día de hoy lo sigue siendo, porque mi madre es única mujer de siete hermanos, la menor de siete hermanos mayores. Ella ya tenía grandes dificultades de encontrar su identidad femenina y una cosa que a mí me quedó muy grabada: que ya desde chica ella me decía que me podía enseñar cualquier cosa menos ser mujer, ese cualquier cosa implicaba, que se yo, desde cualquier manualidad que ella sabe hacer

que me la podía enseñar, a jugar, a jugar incluso a las muñecas, que nunca fue una cosa demasiado valorada, pero que, por épocas, yo lo hacía; pero nunca me podía enseñar claramente qué era ser mujer.”

La madre que se ve es fuerte, diríamos "aguantadora", líder del hogar, organizadora de la familia, fuente de seguridad y con tención. Pero también se la ve encerrada, agobiada, triste, "fracasada". En este punto comienza a vislumbrarse el mandato que aparece en un comienzo como queja: "Soy una sirvienta, no se me respeta, no sirvo para nada". Lentamente esta queja se transforma en una fantasía hipotética: "Si yo supiera trabajar y tuviera dinero suficiente, no aguantaría esta situación. Tuve que aceptar este sometimiento para poder mantener a mis hijos, a ustedes. “Es obvio que a partir de estos sentimientos se estructure otra imagen, la de la madre-mujer que "yo quisiera, pudiera haber sido". En este momento, se hace claro el discurso: "No hagas lo que yo hice, sé independiente, triunfa en tu profesión y no te sometás".

Es importante señalar que este mandato de independencia es también reforzado por el padre, ya que el autoabastecimiento, capacidad de definirse, mantenerse y actuar con criterios propios es un valor incentivado (podríamos afirmar que, en ciertos casos, llega a ser exigido) por la cultura, instrumentada a través de la familia, en la voz de todos los representantes del poder patri — matriarcal.

"El éxito en la vida de una mujer es el éxito profesional y el éxito en la realización con los hijos. El éxito en la vida de una mujer es tener hijos y poder ayudarlos para que puedan hacer el camino de ellos, el camino que ellos quieran, la independencia.”

"Ella hizo con nosotros lo que habían hecho con ella, una mujer de clase muy alta, 12 hermanos, una familia de esas de origen español, con dinero, pero, no como para que 12 personas vivan tan bien. Entonces, todos sabían hacer de todo, es una familia de una gran organización interna, entonces esa misma organización que usaban para 12 ella la usó para dos. Pero yo sé hacer de todo, sé trabajar, sé coser, sé cocinar y se lo agradezco muchísimo, porque siempre me arreglé sola. "

Lo que la madre hace y lo que la madre manda hacer crean una doble relación. La hija se ve al mismo tiempo impulsada a identificarse con la madre y a rechazar ésta como modelo de identificación, ya que el mensaje que la llevaría a alejarse de ella es fuerte y manifiesto: "No te acerques a mí, no

hagas lo que yo hice. Este mensaje debe ser obedecido, porque proviene de una figura fuerte, que exige e impone respeto, aunque esta orden paradójicamente sea no respetarla.

Dolorosa situación: por amor a la hija, la madre le ordena alejarse de ella, acceder al universo del padre, imitarlo, tratar de conquistar su espacio. Este es, re-negar de ella, negar en sí misma los aspectos en que ambas están juntas, los elementos que comparten.

La madre, primera o primeras generaciones de inmigrantes (españoles, italianos, centroeuropeos), sabe de su tristeza, de su pérdida, de su sensación de vacío. Del sentimiento de fracaso, de inmovilidad, de dependencia. Activa combatiente, al mismo tiempo lucha en todas las formas que le es posible contra esta situación. Y una de las formas de lucha es evitar que su hija repita su historia. De allí, la fuerza con que la empuja hacia afuera, hacia otros modelos de identificación, hacia otras figuras femeninas valorizadas, hacia un modelo masculino exitoso: autoabastecimiento, libertad, independencia.

La hija, por amor a la madre, debe rechazarla y procurar esos modelos por ella propuestos. Debe aceptar la distancia, pelear para diferenciarse, rechazar los acercamientos y asumir activamente la severidad y firmeza, la fuerza y la exigencia que la transforman, si tiene éxito, en un ser "parecido a papá, por suerte". Así, ser amada por la madre implica alejarse de ésta. Doloroso amor que condena a la nostalgia. Severo amor que exige la renuncia. Extraño amor que en su lealtad pide la traición.

III. La autoestima en la identidad femenina

Es importante entender el lugar donde se gesta la autoestima en estas estructuras fundantes de la identidad femenina. Los naturales impulsos agresivos en todo proceso de crecimiento, esto es, las críticas y odios que la niña siente frente a ambos padres, por motivos diferentes e igualmente justificados, encuentran una posible descarga en relación a la madre, presencia inmediata, cercana, próxima y, por lo tanto, menos defendida. Existe un universo compartido con la madre, un escenario de peleas en la casa, un plan de reivindicaciones y una estrategia de lucha, que generalmente alcanza el objetivo: la madre está más expuesta a los ataques de los hijos por su constante relación con ellos, porque se define por ellos (está más necesitada de su reconocimiento amoroso en su propia identidad), y porque son sus aliados, más importantes en el enfrentamiento con el padre, por lo tanto, dueños de un arma poderosa, que puede ser empleada a favor o en contra.

La rabia o las críticas al padre, en cambio, carecen de una posible descarga inmediata. El acceso real, cotidiano a éste está limitado a las pocas horas compartidas (el lugar del padre es afuera). La necesidad de reconocimiento y los parámetros de identidad del hombre-padre pasan por su relación con el trabajo, el dinero, el poder-prestigio en el mundo externo (otros hombres).

Por otra parte, por los códigos sociales que compartimos, "el hombre no llora" esto es, por más que el padre sufra por las peleas o las críticas que recibe de los hijos, no es tradición mostrar sus sentimientos. Y, de esa manera, se perpetúa la imagen de firmeza, dignidad, alguien imperturbable a las manipulaciones emocionales.

Esto crea un lugar "intocable": existe un espacio-papá-hombre, que, a pesar de todos los ataques posibles, se mantendrá intacto, preservado, intangible. Espacio que despierta admiración y confianza. Y deseo de acceder a él. Pero la admiración, sentimiento básico en la formación de identidad, en la procura de figuras de identificación, en la constitución de un eje de autoestima (la propia admiración) que resista los ataques internos y externos, es un sentimiento ligado al hombre.

Habíamos dicho que la madre aparecía ligada al sufrimiento. El estoicismo (el "aguante", en lenguaje cotidiano) la sensación de que siempre podrá un poco más, tolerará un poco más, sobrevivirá a más imprevistos y dificultades, crea un espacio de seguridad, una fantasía de resurrección, fuente resurgente de energía-vida. Sin embargo, los ataques que las mujeres reciben, o se hacen a sí mismas, son certeros y eficaces, Pueden lograr la destrucción de la autoestima, consiguen a veces arrasar con los últimos vestigios del narcisismo elemental para sobrevivir y continuar amando la vida.

Existe, aún, un espacio vital en la constitución de la identidad femenina, el autorespeto, la admiración, alienado en la imagen del hombre. Alienación que explica la dependencia y las reivindicaciones agresivas en las relaciones mujer-hombre. Peleas sin una resolución dialéctica en la medida en que el conflicto aparece distribuido en espacios paralelos, ya que se trataría de una relación no terminada, no resuelta en el vínculo con la madre, y actuada en el espacio del padre, que asume, así como propia una parte renunciada (y necesaria) de la madre-mujer.

¿Quién hubiera nacido de Metis, antes de que ésta fuera tragada por Zeus? ¿Qué mutación tendría origen, si la hija de Zeus y Metis pudiera reconocer su doble filiación? Quizás estemos pasando por un momento histórico, en que esa hipótesis comienza a tener probabilidades concretas de existencia. Quizás el post-feminismo, satisfechas las reivindicaciones primeras, permita la reflexión, el

espacio necesario para descubrir-inventar-recuperar una identidad femenina, en que la autoestima no pase sólo por el hombre (a favor o en contra) y en la que la mirada del Otro, necesaria para convalidar la propia existencia, pueda ser una mirada de mujer, desde la legitimidad, desde la valoración de lo propio.

Somos hijas de una generación de madres que gestaron la mutación. Ellas fueron tradicionales, cumplieron su papel de acuerdo a los roles programados. Fueron amas de casa, madres ejemplares. Pero fueron, también, pioneras del cambio, estimulantes de los nuevos caminos, de la búsqueda de espacios diferentes para la mujer. Es más, nos exigieron el cambio. Diríamos que nos mandaron mutar, descubrir e inventar otras maneras de vincularnos con los hombres, con los hijos, con la vida. No podemos ser tradicionales. No podemos descansar en los modelos preestablecidos. No podemos repetir las viejas recetas. No podemos mirar atrás, o si lo hacemos es para no repetir la historia. Fuimos eficaces, cumplimos correctamente el mandato. Mutamos. Pero no hubo espacio para la opción. No tuvimos tiempo, aún, de rescatar los elementos gratificantes del mundo anterior ya que fuimos exigidas a cumplir la antítesis, la oposición al modelo tradicional de mujer, actuamos también un polo de la contradicción. En verdad, nuestras madres se quejaban de falta de libertad. Nuestra queja es la soledad. Nuestras madres se quejaban de quietud y pasividad. Nuestra queja es no poder descansar frente a la chimenea, en el clima plácido del té y el tejido.

Como en todo proceso dialéctico, la verdad está en el tránsito. Quizás, si comprendiéramos que esto no es sólo un juego de palabras, que el camino se hace al andar y que debemos recoger de las orillas los indicadores de la dirección del camino, sabiendo que somos nosotras mismas quienes estamos abriendo las picadas en el bosque, esta marcha sería más placentera y menos exigente. El objetivo no sería llegar (a un lugar inexistente y por lo tanto inalcanzable), sino reconocer los espacios por donde transitamos, los placeres y displaceres, las bellezas y horrores, los atajos evitables y los senderos recomendados.

La estructura formada por la madre-modelo versus la madre-mandato nos plantea una encrucijada histórica. La manera de resolver esa contradicción abre el espacio de la reelaboración del mito: ¿somos lo mismo o lo contrario? ¿Quiénes somos?

“¿Será que el miedo a abrir esas puertas, sin identificación, sin proyección, sin filtros, nos trague para siempre en lo desconocido? ¿Que venga esa ola grande y no podamos salir más? ¿Por qué ese miedo? Quizás sea el momento de volverse sobre uno mismo, de ver y escuchar

con atención y sin ideología, de entender que el cambio del mundo es el cambio de una misma, que esa es la alquimia que buscamos. Que lo nuevo, lo distinto, la vanguardia, se vuelve vieja en el instante que se repite y se congela como forma de vida. Quizás, en definitiva, ser creativo sea poder parirse de vuelta, de instante en instante, sin plan, sin modelo, sin mandato."

BIBLIOGRAFÍA

Chester, Phyllis y E. J. Goodman; 1976. *Women, money and power*, Ban tom Books.

Aulagnier, Piera; 1980. *Los destinos del placer: alienación, amor y pasión*, Ediciones Petrel.

Le Guen, Claude; 1976. *El Edipo originario*, Amorrortu Editores.

Firestone, Shulamith; 1976. *La dialéctica del sexo*, Kairos.